

cierta desazón: el virtuoso entusiasmo que hacía vibrar su corazón unos momentos antes, se transformaba en el vil placer de quien ha conseguido un buen botín en un robo. «¡Qué se le va a hacer! exclamó luego, con la mirada apagada de quien se siente descontento de sí. Puesto que mi apellido me da derecho a aprovecharme de esos abusos, sería una monumental necedad que no tomara mi parte. Pero habré de tener cuidado de no hablar mal de ellos en público...» Sus razonamientos no iban desencaminados, pero lo cierto es que Fabricio había caído de aquellas nubes de sublime felicidad a que se viera transportado una hora antes. La conciencia del privilegio había agostado esa planta siempre tan delicada que llamamos dicha.

«Pero, si no hay que dar crédito a la astrología prosiguió, tratando de alejar estas ideas, si esta ciencia es, como las tres cuartas partes de las no matemáticas, invención de bobos entusiastas y de espabilados hipócritas pagados por los que los tienen a su servicio, ¿por qué me viene tantas veces a la memoria y me impresiona tanto aquella circunstancia fatal: que salí de la prisión de B\*\*\* con las ropas y la hoja de ruta de un soldado que se había merecido la cárcel?»

Los razonamientos de Fabricio jamás pudieron pasar de este punto; rodeaban el misterio de cien formas, pero sin poder aclararlo. Era demasiado joven aún; en sus ratos de ocio, su espíritu saboreaba con fruición las sensaciones engendradas por situaciones fabulosas que su imaginación estaba siempre dispuesta a evocarle. Distaba mucho de emplear su tiempo en examinar con paciencia los detalles reales de las cosas para inferir luego sus causas. La realidad le parecía sórdida, cenagosa. Comprendo que no sea agradable mirarla, pero entonces no hay que razonarla; sobre todo, no hay que ponerle objeciones basándose en los retazos de la propia ignorancia.

Por eso, a pesar de que no le faltaba talento, Fabricio no llegó a comprender que aquella semicreencia suya en los presagios era como una religión para él, una impresión profunda recibida al entrar en la vida. Pensar en ella era sentir, era gozar. Y él se obstinaba en discutir si era o

no era una ciencia *demostrada*, real, del tipo de la geometría, por ejemplo. Rebuscaba avidamente en su memoria todos los casos en que los presagios observados por él no habían dado paso después al suceso feliz o desgraciado que parecían anunciar. Pero, mientras creía estar razonando e ir en pos de la verdad, su atención se deleitaba en el recuerdo de los casos en que el presagio se había cumplido sobradamente, con la secuela buena o mala que anticipó, y su alma entonces se sentía embargada por un emocionado respeto. Habría sentido una repugnancia invencible por aquel que negara los presagios y, sobre todo, por quien ironizara sobre el tema.

Fabricio caminaba sin fijarse en las distancias, y había llegado a este punto de sus infructuosos razonamientos, cuando, al alzar la cabeza, vio ante sí el muro del jardín de su padre. Aquel muro, que servía de apoyo a una hermosa terraza, se elevaba a más de doce metros del camino, a su derecha. Una hilera de sillares tallados, en lo alto, junto a la balaustrada, le daba cierto aire monumental. «No está mal pensó desapasionadamente Fabricio; es buena arquitectura, casi de gusto romano.» Estaba aplicando sus recién adquiridos conocimientos de arte antiguo. Luego volvió la cabeza con disgusto: acababa de recordar la severidad de su padre y, sobre todo, la denuncia de su hermano Ascanio al regreso de su viaje a Francia.

«De esa denuncia impropia de un hermano arranca mi vida presente; puedo aborrecerla, puedo despreciarla, pero ha cambiado mi destino. ¿Qué me aguardaba allá en Novara, desterrado, mal acogido en casa del administrador de mi padre, si mi tía no hubiera sido la amante de un poderoso ministro? ¿() si ella hubiera sido una persona insensible y vulgar, en vez de esa mujer dulce y apasionada que me quiere con un fervor que me asombra? ¿Dónde estaría ahora si la duquesa tuviera el alma de su hermano el marqués del Dongo?»

Abrumado por aquellos recuerdos crueles, Fabricio caminaba con paso indeciso. Llegó al borde del foso, justo enfrente de la magnífica fachada del castillo. Apenas si echó un vistazo a aquel gran edificio ennegrecido por el